

# Presentación

«Así como la meta final de la revolución socialista era no solo acabar con el privilegio de la clase económica, sino con la distinción misma entre clases económicas, la meta definitiva de la revolución feminista debe ser igualmente no simplemente acabar con el privilegio masculino, sino con la distinción de sexos misma: las diferencias genitales entre los seres humanos ya no importarían culturalmente»  
(FIRESTONE, S.: *La dialéctica del sexo*. Kairós, Barcelona, 1976, p. 12)

Uno de los movimientos socioculturales más influyentes en los inicios del s. XXI es la ideología de género. Para subrayar la importancia de reflexionar serena y críticamente sobre dicho fenómeno –es lo que pretendemos en este número de Diálogo Filosófico y, por eso, su título: Filosofía de género–, comencemos recordando, brevemente, el significado del término ideología: un sistema omnicomprendivo que pretende ofrecer, por eso, una visión completa (cerrada) del ser humano, de la sociedad, de la historia y de la vida ordinaria. Y conviene ser conscientes de que asumidos los presupuestos que la ideología ofrece, difícilmente podrán captarse sus posibles inconsistencias. Por eso, tomar distancia crítica –pensar filosóficamente– sobre cualquier ideología será siempre exigencia ética para una cultura que busca la excelencia de lo humano, la vida buena que siempre anheló la filosofía.

La ideología de género, como es sabido, propone la preferencia del concepto de «género» sobre el de «sexo», porque es fácil convenir que sexos solo hay dos y bien diferenciados biológicamente. Se trataría, por tanto, de la exigencia de resituar la discusión sobre la sexualidad humana: el espacio propio de dicha discusión no sería la biología sino la cultura, bajo el presupuesto –que debe ser discutido con parsimonia– de que el «género» es una construcción sociocultural impuesta. Su finalidad, en principio, sería emancipatoria: deconstruir lo impuesto para que cualquier sujeto pueda construir autónomamente su propia biografía.

Ahora bien, quebrado todo posible diálogo con la naturaleza –porque el ser humano no solo es cultura, sino también naturaleza– la propuesta sigue evolucionando hasta el denominado Feminismo Queer –y el desacuerdo hace acto de presencia, también, entre los movimientos feministas–. Porque si los géneros son construcciones socioculturales, y toda estructura sociocultural está sometida a cambios, cualquier identidad (heterosexual, homosexual, bisexual, transexual...) podrá ser considerada como impuesta en un momento determinado. Y la conclusión se agrava: la orientación sexual es ficticia porque las fantasías, sueños, deseos del ser humano no pueden quedar limitados por el género. Es el género fluido, es decir, la no identificación con ningún género para poder vivirlos todos desde la propia opción en las diferentes circunstancias vitales.

¿Es la ideología feminista un movimiento emancipatorio? ¿Cuál de ellas? Todos, hombres y mujeres, convenimos, creo, en que es necesario repensar en la cultura occidental su visión de la sexualidad y, desde ahí, sus propuestas de antropología femenina. Pero ¿es éste el camino adecuado? ¿Y no tendremos que vencer de una vez el prejuicio moderno que identifica libertad (autonomía) con la ruptura de toda dependencia, de todo lo recibido, de todo don? Filosofemos, sin prejuicios, en comunidad.

Antonio Jesús María Sánchez Orantos, cmf.